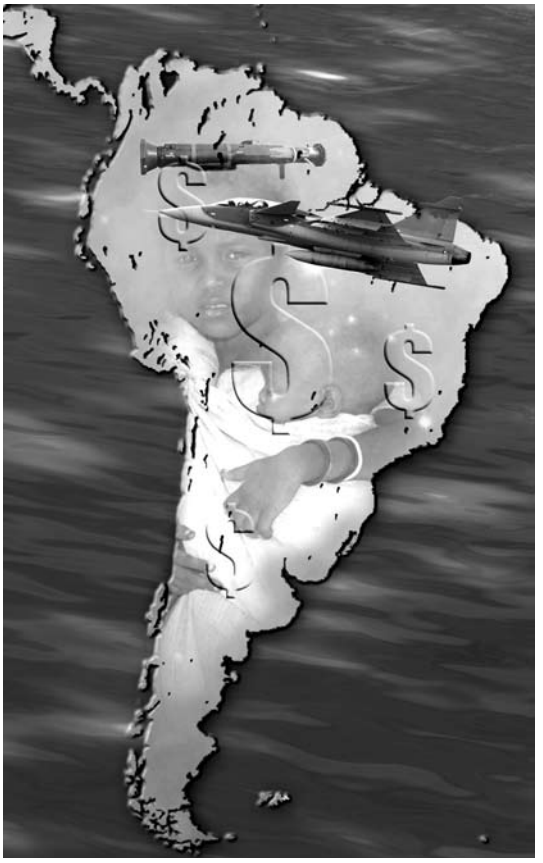
¿Hay un Rearme Latinoamericano?

Nada es verdad ni nada es mentira, todo es del color del cristal a través del cual se mira

—Anónimo

EDUARDO H. D'ODORICO



Gripen image (Copyright Saab AB/Stefan Kalm)

El Concepto y sus Intimidades

Título excitante e incitante que se las trae. Claro que todo depende del "cristal con que se mire" el escenario. La frase entre comillas que nos viene desde un desconocido erudito, es un acicate para hacer algunos comentarios con el equilibrio de un observador independiente. Anunciar que hay un rearme latinoamericano porque países de la región han realizado adquisiciones de equipos y sistemas de armas en tiempos recientes, es un tanto apresurado. Tampoco hay que excluir que haya intereses poco transparentes e intencionados.

El "armamentismo" es un concepto grandilocuente que por ahora no parece caber en lo que está sucediendo en este continente. Claro que eso no debe motivar que nuestra mirada deje de posarse sobre los movimientos que hay en el campo de la defensa. Hasta ahora, los indicios observados más bien informan que hay gobiernos preocupados por corregir sus visibles atrasos y debilidades en este ámbito, pero referirnos a la configuración de temibles parques bélicos, es excesivo.

A pesar de eso, se trata de una impresión personal. Creo que debo aportar otras consideraciones complementarias para corregir enfoques que en ciertos casos emanan de analistas aficionados y hasta de dirigentes oficiales que manifiestan un déficit evidente en materia tan delicada como la defensa nacional.

Por lo tanto, creo que es conveniente incursionar, aunque sea superficialmente, en el origen de lo que se conoce como "armamentismo" o "carrera armamentista", según se prefiera. Es fundamental en este sentido preservar la ecuanimidad de las apreciaciones, ya que las inclinaciones a uno u otro lado inducen a deformar la realidad y los desvíos injustos perjudican la imagen política de los gobiernos.

Sin embargo, es preciso no eludir lo que una simple auscultación está en condiciones de comprobar. La compra o producción interna de equipos militares tiene casi siempre una tendencia natural a sobrepasar las necesidades del país, aunque es justo reconocer que cada Estado tiene el derecho de establecer la frontera de su equipamiento para la protección de sus intereses.

En estas primeras especulaciones, ya se detecta un primer escollo a resolver: hacer la evaluación y cuantificación de las carencias

que van a dar lugar a los programas de renovación, aumento y modernización de la defensa. El estudio preliminar de esas decisiones, se basa en fundamentos políticos internos y externos. Para evitar intranquilizar al vecindario internacional, tanto cercano como lejano, conviene hacer públicas las intenciones nacionales para demostrar que no hay propósitos ocultos. En esta fase primaria, las relaciones externas y la diplomacia tienen una importante tarea a desarrollar.

Nadie ignora que todo refuerzo defensivo se maneja con extrema discreción en los niveles superiores del gobierno, porque es un asunto que está vinculado con los intereses más sensibles del Estado. De esas conferencias emergen los argumentos destinados a explicar públicamente las motivaciones del fortalecimiento militar.

Para descartar las suspicacias e inquietudes de otros estados, el gobierno de referencia probablemente anuncie su atraso relativo en ese campo. Es una manera sencilla de calmar la conciencia oficial para avanzar en la recuperación de la potencialidad nacional, sea en una medida apropiada o sobrepasando los niveles considerados normales.

Aprovechando la maleabilidad del concepto bajo análisis, no nos debe asombrar que entidades encubiertas, ideologizadas y con tendencias extremistas, procedan subrepticiamente y atribuyan una intención falsa al reequipamiento. Este riesgo latente me lleva a sugerir que antes de emitir un juicio acerca de una supuesta carrera armamentista, se realice un prolijo tamizado del escenario donde se instala el problema.

Las interpretaciones que se le dan al concepto evaluado, alientan a algunos sectores que no tienen una mínima respetabilidad en el ámbito internacional, a usar el supuesto derecho a la defensa genuina como un instrumento encubierto para atacar públicamente a estados que se mantiene alejados de esas cofradías. Las manifestaciones más agresivas de las ideologías llegan al extremo de apelar a actos ofensivos en los que, los acusadores, se auto atribuyen el rol de jueces y verdugos.

Consecuentemente, no está demás aconsejar un cuidadoso examen de los guiones usados por los seudo fiscales para no acompañar equivocadamente las intenciones malignas de aquellos que buscan la satisfacción de fines reprochables. En otras palabras, es deseable descubrir cuáles son los verdaderos objetivos de esos enjuiciadores sin derecho.

Entre nosotros

América Latina no está exenta de esta interesante actividad política. Basta con hojear periódicos de barricada, libelos y folletos tendenciosos, escuchar a comunicadores sin la menor autoridad profesional que súbitamente se convierten en peritos de la defensa y aquéllos que pasan por técnicos y manipulan cifras sin la menor prueba de pericia. Estos comentaristas ocasionales acostumbran a ser avalados por embaucadores relacionados a las estrategias militares que, desplegando una información imposible de ser sostenida con seriedad, se animan a emitir sentencias, pronósticos y opiniones infundadas.

Lamentablemente, son los diletantes quienes están más dispuestos a discursear sobre cómo orquestar un sistema de defensa nacional. Mientras tanto, los expertos genuinos prefieren silenciar sus opiniones o reservarlas para las reuniones de especialistas serios. Quienes acostumbran a frecuentar desde siempre esos ámbitos, saben que los juicios de valor que se emiten con los debidos fundamentos, están apoyados en numerosos lustros de paciente estudio en centros superiores y en la experiencia de campo.

América Latina ha sido tradicionalmente un territorio donde los opinantes de feria han podido ejercitar sus dotes con abusiva libertad. Desde múltiples tribunas y sin ocultar su encono hacia todo lo que huele a militar, emiten juicios con increíble liviandad. De esa manera, no hacen más que atentar contra la modernización de las capacidades defensivas de los países.

Desde luego, no hay naciones que voluntariamente quieran exponerse a la apetencia ajena. Por lo tanto, con el sacrificio de sus contribuyentes, invierten fondos en la construcción de un entramado defensivo que fre-

cuentemente es sugerido por una estrategia disuasiva sensata y pacífica. Sin temor a equivocarme, podría afirmar que a lo largo de esta etapa histórica, es el modelo estratégico predominante en nuestra América, donde felizmente ha habido escasos ejemplos de guerra convencional.

Penetrando en el meollo

Procurando aproximarnos a la verdad, sugiero hacer una breve retrospección histórica con la finalidad de identificar la ubicación de las equivocaciones y aventar supuestos fantasmas que obstruyen la visión objetiva de los analistas. Por eso haré un repaso a vuelo de pájaro de la región, donde las fluctuaciones políticas muestran cierta frecuencia y a cuya economía global le cuesta despegar para ingresar en un rumbo virtuoso, creciente y más estable.

Estamos ante un racimo de naciones cuya independencia aún está signada por su juventud, después de haber transitado una etapa de explotación colonial que dejó el recuerdo de algunos saldos ingratos. El promedio aritmético de vida libre nos dice que estos países recién comienzan a ingresar a su segundo bicentenario.

Desde un ángulo socio-económico, las capas populares muestran un elevado nivel de mestizaje de clásica integración latina que ha convertido al continente en el mayor centro lingüístico ibérico del planeta. El continente también ha sido un imán para emigrantes de ultramar, aunque en menor medida. Tales rasgos étnicos alumbraron mezclas raciales muy llamativas, pasionales y de decisiones briosas. Esta enorme pieza territorial alberga una reserva invalorable de materias primas en zonas que siguen sin ser exploradas en su totalidad y mucho menos explotadas.

Decir que ese mega-tesoro geográfico concita la codicia y deseos de otras naciones menos beneficiadas del globo, no hace más que describir la verdad. A medida que la actividad industrial agota los yacimientos y materias no renovables, la avidez externa comienza a trasformarse en ansiedad y no se puede excluir que llegue el instante en que ese sentimiento se vuelva imperativo.

La Latinoamérica legada por los conquistadores que extrajeron de sus entrañas no pocas riquezas durante siglos, continúa exhibiendo una fisonomía histórica donde los tramos de calma y crecimiento son irregulares. La definición y traza de las fronteras nacionales que resultaron de los procesos de liberación, siguieron mostrando las cicatrices de luchas internas y externas.

La inestabilidad está engastada en la sangre latina e inevitablemente se refleja en el ámbito de la defensa, aunque justo es decirlo, con manifestaciones controladas. La confraternidad política y de raza pudo superar muchas de las dificultades que brotaron esporádicamente en todo el mapa de la región.

La finalización de la II GM marcó un hito irrepetible en el campo de la defensa, puesto que liberó una ingente cantidad de materiales bélicos nuevos y usados que abrumó a los probables compradores. La enorme masa de equipos disponibles a precios de remate, quedó a la vista de los estados que necesitaban sustituir los respectivos arsenales con los excedentes disponibles y antes que se convirtieran en chatarra.

De pronto, el ex mundo beligerante liberó a los equipos creados con gran sacrificio por los centros de Investigación y Desarrollo (I&D). Se trataba de sistemas que no existían en los países del continente puesto que hasta el fin, la producción total estaba dedicada a satisfacer la voracidad de la contienda. Después de la guerra, se convirtieron en sobrantes ofrecidos a precios de liquidación con tal que dejaran libres los depósitos. La cantidad de sistemas de armas sin uso era tal que la disponibilidad se mantuvo durante años.

En un rincón, estaban los oferentes ansiosos de colocar sus equipos. En el rincón opuesto, los clientes potenciales estaban preparados para solucionar un largo período de sequía abastecedora. Ahora contaban con fondos que procedían del comercio practicado con los países en guerra y por lo tanto eran cortejados por los vendedores necesitados de capitales.

El intercambio era inevitable debido a la concurrencia de intereses entre los clientes y los proveedores que entregaban sus productos contra cheques certificados. Las fuerzas armadas (FF.AA.) latinas habían concluido su período de angustia y ahora adquirían más material del que podían operar. La "canibalización", que reemplazaba a muy bajo costo los repuestos nuevos, se convirtió en un método logístico corriente.

Los lotes de material se negociaban en base a programas de asistencia militar. Las exigencias políticas eran tenues para facilitar las ventas que tenían prioridad. Pero la entrega se realizaba en base a ciertos condicionamientos que, si bien no impedía la transacción, establecían compromisos que los compradores tenían que cumplir. Los equipos recibidos por las FF.AA. latinoamericanas fueron acompañados de numerosas innovaciones en materia de doctrina de empleo y de operaciones.

Los países europeos, en particular Francia, se mostraron sumamente activos buscando clientes que permitieran el renacer de la industria militar vernácula. Todas las plantas industriales del Viejo Mundo habían quedado duramente heridas por el bombardeo de millares de aeronaves y ahora no sólo debían ser reparadas, sino también reactivadas comercialmente.

Con la participación europea, los sudamericanos se despegaron del proveedor único (USA), pero a la vez inauguraron un grave problema logístico representado por las diferencias de los equipos. Esos inconvenientes continúan existiendo actualmente en casi todos los estados del continente con mayor o menor rigor. A pesar del tiempo trascurrido desde la II GM, las FF.AA. autóctonas siguen intentando reducir la dependencia logística múltiple de sus sistemas de armas.

Otras guerras y la Reorganización Industrial

La terminación de la gran conflagración 1939-45 no trajo la deseada paz y sí el principio de una nueva era bélica. Durante este período, las amenazas tradicionales tuvieron un hondo proceso de reconversión, al extremo que hubo que revisar la forma de hacer la guerra. Esta síntesis refrenda el pasado medio siglo que albergó un vasto proceso revisionista en el arte de guerrear.

La bipolaridad terminó siendo barrida por una borrasca política que llevó a la implosión de la ex URSS. Sin solución de continuidad, hubo nuevos hechos violentos, una realineación detrás de diferentes líderes e intereses, y ahora emergen otras "cabezas de serie" que quieren disputar el gran torneo mundial.

Viet Nam ha sido un extraordinario punto de inflexión que no fue debidamente entendido en su oportunidad. Sus lecciones eran ricas pero no fueron plenamente aprovechadas. La consiguiente turbulencia generada, no ha concluido todavía. No obstante, se renuevan los líderes y los personajes complementarios que, sin operar de manera ordenada, alientan extraños conflictos.

En medio de toda esa agitación, ya mediando la década del '60, el comercio de material militar tuvo cambios sustanciales al aumentar las exigencias políticas, la restricción de trasferir tecnología, el alza de los precios, la participación de la I&D y el costo operativo. El consentimiento de las ventas sólo era emitido después de arduas discusiones. El interés político de los productores privó por sobre el puramente comercial y los usuarios debieron exhibir más coincidencias estratégicas con los países proveedores.

En esa misma época y como respuesta al alza de los costos, determinado por el mantenimiento de un sistema de defensa eficaz, hizo que la calidad comenzara a tomarse más en cuenta que la cantidad. Por otro lado, el Medio Oriente se convirtió en una de las regiones más demandante y más activas. Por eso las grandes ventas de nuevos sistemas con tecnología de última generación, se realizaban entre los protagonistas de aquel conflicto regional.

En ese clima de extendida belicosidad extramuros, América Latina fue un espectador atento, pero al mismo tiempo un usuario muy atrasado. Los modestos recursos financieros que podían reunir la mayor parte de los países, tenían que ser rigurosamente repartidos entre cantidades testigo de sistemas actualiza-

dos y materiales usados. La búsqueda de equipos desprogramados en buenas condiciones de uso aún, fue una de las alternativas principales adoptadas para la renovación.

Paulatinamente, la I&D se convirtió en un factor indirecto con fuerte influencia en todas las transacciones. Primero, los sistemas en desarrollo demandaban fuertes inversiones en esta materia y solamente los principales estados del mundo tenían capitales para aguantar esa etapa preliminar. Segundo, el encarecimiento de los productos terminados era de tal magnitud que el número de ejemplares salidos de las cadenas de montaje se reducían progresivamente.

Tercero, esos sistemas solamente eran vendidos por los países de vanguardia a sus socios más confiables para evitar el desvío indebido de la tecnología secreta. Estando en manos de unos pocos estados, la I&D es hoy una poderosa herramienta de negociación que los gobiernos privilegian. Cuarto, los valores monetarios dejan prácticamente afuera de la vanguardia técnica a un número considerable de países latinos o el costo operativo directo supera la capacidad del presupuesto militar. A veces se logran concesiones especiales en los acuerdos cuando el usuario otorga compensaciones deseadas por el proveedor.

La situación así creada por la tecnología y los costos implícitos, pone a los países americanos en una situación de dependencia a la que se resisten. La contrapartida es no poder contar con sistemas modernos y conformarse con adquirir excedentes y materiales desprogramados. Otra alternativa posible es recibir una cantidad muy pequeña de productos de "última generación" que los países menores pueden mantener y operar.

Sin embargo, cada problema tiene una respuesta. Para evitar la dependencia de la tecnología extranjera de alto costo, la I&D nacional es una opción que está siendo explorada. Lógicamente, esa probable solución puede ser adoptada en aquellos estados que poseen grupos de investigadores y científicos capacitados, instalaciones apropiadas y facilidades fabriles acordes.

Es un ensayo que procura poner en marcha una industria local genuina. Esta elección da lugar a que aparezcan esporádicamente en la región algunos sistemas diseñados en centros locales, como testimonios de una naciente industria militar nativa. En este sentido, la decisión y la voluntad política oficial es vital para encaminar el proyecto y conseguir los créditos que hacen posible la etapa de desarrollo del sistema, un tramo crítico en el historial del producto.

Cuando hay un resuelto apoyo gubernamental, el proceso se robustece y el trámite se afianza. Si el nuevo sistema es exitoso, puede culminar con algunas exportaciones a países similares al productor y si se agrega una financiación generosa, hasta llega a ser competitivo. En algunas ocasiones, esas ventas se hacen en abierta competencia con países tradicionalmente dedicados a la industria específica. Es un llamado de atención a los dominadores del mercado.

La caída del Muro de Berlín no fue gratuita y en el campo que nos interesa se produjo un importante reacomodamiento de la industria mundial que resultó en una mayor compactación trasnacional. La concentración productiva, determinada por las circunstancias políticas, económicas y tecnológicas, indujo la gestación de gigantescos oligopolios.

Los mega-centros fabriles acumulan en si mismos un gran poder de presión, timoneado desde las cúpulas oficiales. Económica y políticamente, los distintos componentes de un programa plurinacional se reparten los segmentos de la gran torta y con ellos los beneficios. De ese modo se asocian los grupos nacionales, aumentando el número de centros generadores de sistemas de armas de alta gama y paralelamente se amplía la dependencia de los estados incapaces de aspirar a tales participaciones.

Pero el cambio no se aprecia solamente en la tecno-economía de escala. Al acumularse esa exclusiva franquicia en manos de unos pocos países, vuelve a aparecer un poder que en otras épocas hizo apariciones esporádicas y más tímidas. Los oligopolios industriales que defienden ferozmente sus intereses económicos y aptitud de decisión, están sumando modos de influir sobre las cúpulas políticas de los

estados para imponer proyectos de alto costo con financiación oficial.

La existencia de estos operadores tiene una fuerte ascendencia sobre la regulación de la competencia en la industria de la defensa. Las diferencias de magnitud condenan a las pequeñas empresas a su desaparición, a buscar la permanencia en el mercado en base a las fusiones y alianzas, o simplemente se convierten en satélites de los grandes constructores.

Las entusiastas mini-empresas fundadas en Latinoamérica para atender una demanda mayormente local muy limitada, con el fin de hacer frente a las restricciones político-económicas externas, tienen que hacer continuas demostraciones de ingenio para darle continuidad a su permanencia. Son pocas las que se salvan del avance impiadoso de los grandes grupos y habitualmente la supervivencia se debe a oportunas ayudas oficiales.

Consecuencias en la defensa

Los acontecimientos públicos no trascurren sin dejar secuelas tangibles en el campo de la defensa. Con la disminución de las contiendas convencionales y el rediseño del cuadro geoestratégico mundial, comenzaron a despertar las tensiones regionales que estaban aletargadas debido a la primacía de la bipolaridad que duró más de 70 años en el siglo pasado. El profundo cambio en la situación general motivó la redefinición de misiones, doctrinas, organizaciones y magnitudes en las instituciones militares. Los efectos de esos cambios causaron la reducción de los presupuestos de defensa y los sobrantes de ese origen se transfirieron a los reclamos sociales.

La menor disponibilidad financiera para la defensa produjo consecuencias muy parecidas en los distintos países, aunque se apreciaron diferencias en las magnitudes de las reducciones. La adquisición y producción de equipos y sistemas fueron renegociadas, canceladas o diferidas. Los plazos programados se estiraron meses y años. Hubo una seria preocupación en las corporaciones industriales que debieron repensar las financiaciones y construcción de largo plazo. Los recortes realizados a los presupuestos por las administraciones nacionales, acompañaron la ausencia de contiendas convencionales mayores.

Llamativamente, no se le dio demasiada trascendencia a los conflictos denominados de "baja intensidad", normalmente inspirados por causas no son habituales en las guerras clásicas. Pero esta historia recién comienza a escribirse y tiene sus propios escenarios. Desde el momento que la defensa sufrió los efectos del achicamiento presupuestario, se buscaron ingeniosas alternativas para aliviar las penurias. En ese teatro poco halagüeño, el tiempo es un factor que se puede administrar, pero no moldear y su trascurso sobre los parques de materiales en servicio deja secuelas inexorables.

Frente al estado de postración prácticamente generalizado de las FF.AA. latinoamericanas, en la región comenzaron a levantarse juiciosas voces profesionales de alerta dirigidas a los líderes políticos, responsables de las administraciones públicas.

Los reclamos no cayeron siempre en saco roto y hubo gobiernos que comprendieron que un ajuste muy riguroso del presupuesto de defensa, en el medio y largo plazo podía causar un daño de difícil reparación sobre la seguridad nacional. En Europa, el Reino Unido fue uno de los estados donde el gobierno identificó este problema en germinación y, con parámetros económicamente aceptables, resolvió poner en marcha una nueva política de modernización material de largo plazo.

En nuestro continente, se abrió paso un pensamiento similar aunque la reacción fue más lenta. El mejoramiento demoró hasta que la economía de varios estados latinoamericanos dejó excedentes para atender el problema que se venía postergando largamente. Aprovechando el período económicamente favorable, gobiernos de la región resolvieron poner en marcha programas de renovación de la infraestructura defensiva, alineándose con una clásica estrategia disuasiva. Los planes de modernización, adquisición y reorganización para las distintas fuerzas se están llevando adelante con prudencia y sin apremios que indiquen intenciones diferentes a las anunciadas. En la ejecución, tampoco se advierten tensiones propias de una corrida armamentista.

Los países con mayor fortaleza económica, están invirtiendo fondos que se consideran relativamente elevados para estas regiones en materia de defensa. Entre los miembros del continente no hay homogeneidad de los proyectos nacionales y eso motiva que algunos prefieran destinar sus finanzas a rubros diferentes. Fundamentan ese comportamiento en que, en la actualidad, no se vislumbran riesgos externos preocupantes contra la seguridad nacional. Cada gobierno procede en base a su apreciación política con entera libertad e independencia.

Examinando el problema con un enfoque genérico, diremos que las modernizaciones tienen la finalidad de ampliar la vida útil de los sistemas que están en condiciones de seguir prestando servicio y se renuevan aquellos que han llegado al final de las prestaciones. Con el punto de vista de un observador imparcial, me atrevo a afirmar que por el momento no se aprecia un aumento desproporcionado de los parques militares en relación con las actitudes y declaraciones de los países.

Garantizar una estrategia disuasiva, es una aspiración legítima de cualquier estado libre y soberano. Por lo tanto, todo lo que se haga en nombre de esa intención no debe ser sospechado como un armamentismo que apunta a iniciar una guerra.

Las contiendas de baja intensidad, mayoritariamente desarrolladas fronteras adentro, así como el surgimiento de las llamadas "nuevas amenazas", están fogoneando situaciones que ameritan más análisis, por cuanto el ataque y la defensa en esos conflictos no responden a las doctrinas tradicionales. A pesar de la ostensible disminución de operaciones ortodoxas, el problema de la defensa está vigente, pero se ha vuelto más enredado y discutido.

En este escenario, hay estadistas que entienden que la seguridad interna es una base firme sobre la cual se forja la tranquilidad y progreso de una nación, y desde donde se puede emprender proyectos de desarrollo protegidos de sorpresivos sobresaltos. Ningún gobierno articulará una política de Estado sin estar respaldada por la convicción que está asegurada por las instituciones y la decisión nacional.

El político de visión corta argüirá que el costo de mantener un sistema defensivo confiable va en desmérito de las políticas sociales, pero probablemente no evalúa el precio que debería pagar si tuviera que someterse a una voluntad impuesta desde afuera. También existen los líderes que dejan de atender la demanda defensiva para ofrecer una imagen más simpática a los electores. Esos dirigentes tan vez no advierten que en el equilibrio de los factores está el secreto de un desarrollo más seguro.

La compra de sistemas de armas o su modernización, necesariamente se relaciona con el transcurso del tiempo que actúa irremediablemente sobre la vida útil de otros equipos en servicio. Asimismo, conviene destacar que los materiales que recién ingresan a un país, no pueden ser usados de inmediato. Las dotaciones, el mantenimiento, el adiestramiento, requieren un período de aprendizaje y maduración para que el sistema rinda satisfactoriamente. Este comentario viene al caso porque varios países del continente están recibiendo y asimilando sistemas de armas nuevos para sus instituciones militares. Hasta que las respectivas unidades operativas sean declaradas IOC (Initial Operational Capability), pasará un lapso indefinido. Mientras ese interregno dura, no conviene adelantar calificativos.

Todos los países comprometidos en programas de modernización y compra, se caracterizan por poseer un parque militar anticuado y en más de un caso al borde de la inmovilización. Por lo tanto, las incorporaciones que se están haciendo entran en la categoría de renovación y reposición. Si las FF.AA. de un país carecen del equipamiento mínimo para satisfacer la defensa, no sólo tienen el derecho sino el deber de cubrir el déficit y las falencias. Los límites tolerables de esos programas se determinan con una disuasión creíble.

Tanto el armamentismo como el exceso de acumulación lógica de armas, son hechos que generalmente acompañan a veladas intenciones políticas agresivas. En cambio, las justificadas actualizaciones defensivas, a veces son aprovechadas por gobiernos inamistosos para instrumentar acusaciones contra los rivales políticos. El eslogan usado es pegadizo y en-

cuentra terreno fértil en la población desinformada con ideas falsas y no probadas.

Debo recordar que no son los latinoamericanos los únicos que reciben estas inculpaciones. Naciones más avanzadas, con estructuras de defensa que superan la presunción de una disuasión creíble, son acusadas regularmente. A diferencia de los casos regionales americanos, tales campañas publicitarias no hacen sentir culpables a las potencias de primera línea. Se limitan a configurar las estructuras militares que demandan sus objetivos nacionales e ignoran los reclamos de otros países.

Por otra parte, los estados también se asocian para sumar fuerzas y compartir emprendimientos militares que disminuyan los costos. La integración en bloques les ayuda a extender la disuasión más allá de sus fronteras y llegan hasta cubrir todo el planeta. La OTAN es un ejemplo paradigmático que ha pasado de una organización defensiva continental a otra con intereses muy expandidos.

No podemos olvidar que Latinoamérica ha logrado mantenerse como un continente limpio de armas nucleares, aunque el ciclo completo del átomo es conocido y explotado económicamente por unos pocos estados en el campo de la energía y la salud. Esos conocimientos no han sido utilizados en su vertiente militar, donde la reflexión inteligente presume que el armamento nuclear es parte de una gigantesca trama sicológica.

Pienso que esas armas tienen una finalidad política antes que práctica. Todo poseedor de ese armamento sabe *in pectore* que si toma la iniciativa de realizar un lanzamiento nuclear contra un rival de parecidas capacidades, corre el riesgo de auto condenarse a muerte como resultado de una casi segura represalia adversaria. Las ojivas nucleares de alto poder se convirtieron en armas sin empleo racional previsible. Por lo tanto, ¿cuál es la ventaja de almacenar esos artefactos de enorme costo de producción y mantenimiento? ¿Son más perspicaces aquellos estadistas que han resuelto descartar esos arsenales?

Confío más en los dirigentes que usan su sentido común antes que en la vigencia del Tratado de Tlatelolco y suplementos, una bonita serie de libritos que se almacena en los estantes de las cancillerías. Quienes quieran hacerse de un horripilante depósito de armas de fisión o fusión, no tienen más que adoptar la decisión política e invertir los centenares de millones que demandarán los científicos e industriales, pero tendrán que aprender a aguantar el escándalo que estallará en el vecindario. Una vez que tengan en su poder ese imponente mecanismo destructivo, ¿lo exhibirán en una plataforma para que el turismo lo admire y así recuperar algo de las inversiones?

Antes de concluir

Quién esté convencido que la paz en el mundo es posible, se ilusiona. Aristóteles afirmó que "la única verdad es la realidad" y si el filósofo nos regaló ese pensamiento, no hay por qué despreciarlo. Seamos realistas. La paz extendida es una etérea llamita que titila permanentemente al impulso de la brisa que sopla desde todos los puntos cardinales. Estar convencidos que habrá paz en tanto haya "hombres de buena voluntad", es una meta de soñadores y la historia se encarga de confirmarla.

"Si vis pacem, para bellum" (Porque amo la paz, me preparo para la guerra, Flavio Renato Vegesio, Tratado del Arte Militar, prólogo, siglo IV). ¿Es necesario ampliar este concepto que a todas luces nos previene sobre el inexorable advenimiento de la realidad? No obstante, todo ensayo que intente mantener bajo control la eventualidad de una contienda, merece la atención de los líderes políticos.

¿Eso cuesta dinero? Naturalmente. ¿La inversión está debidamente justificada? Naturalmente. Una actitud defensiva coherente, ¿me proporcionará esa paz escurridiza que toda sociedad trata de encontrar? Hay que ensayarlo. Pienso que no soy el único que medita de este modo. Muchos dirigentes también comprenden el fin de la defensa y cómo hay que estructurarla para persuadir a los demás que nos defenderemos de un ataque a cualquier costo.

A pesar que la comunidad continental se esfuerza para mantener una paz estable, no se puede excluir que algunas diferencias pretendan ser resueltas por vía de las intervenciones

armadas. Nacionalismos extremos, autoritarismos autóctonos, ambiciones expansionistas y hasta intereses extra continentales pueden dar lugar a hechos violentos que hagan trastabillar el período de paz del momento. Esta hipótesis nos advierte que la defensa siempre será un problema presente y activo, mezclado con los vaivenes y objetivos de la política.

En la actualidad hay dos países a los que podemos recurrir a modo de ejemplo sobre la defensa. Son Brasil y Chile. Después de recomponer las respectivas economías, entendieron que el fortalecimiento y proyección nacional quedarían incompletos sin una defensa efectiva que protegiera los intereses del Estado. Ni Brasil ni Chile son estados militaristas, pero sus gobernantes tácitamente adhieren al siempre actual pensamiento de Vegesio.

Para no atarse a proveedores exclusivos, han buscado el abastecimiento deseado en varias fuentes, aunque ya he señalado el inconveniente que origina ese proceder. Además, los dos estados negocian con el exterior la transferencia de tecnología cuando es pertinente. En la mente de los gobernantes está la idea de establecer una industria militar que reduzca los futuros gastos externos. Cuando el monto negociado es voluminoso, discuten la posibilidad de exportar conjuntamente a mercados regionales.

Algunos observadores pueden opinar que los países considerados están lanzados a una carrera armamentista, arguyendo que el número de ejemplares de cada sistema de armas excede las necesidades defensivas. Humildemente creo que la información pública no da lugar para suponer que haya intenciones de ese tenor. Los sistemas que sustituyen las recientes compras militares, han llegado o se aproximan al grado de obsolescencia que habilita el plan de adquisiciones en gestión. A mi juicio, esas incorporaciones no amenazan a país alguno.

La política adoptada se complementa con la enunciación de una estrategia disuasiva que pasa a ser más creíble. Cualquier prueba de violar la seguridad nacional de alguno de los países citados, expondría al imprudente a recibir una severa sanción. Ese costo es la mejor contención para un desafiante atrevido. Por lo tanto, la decisión de un Estado soberano que legítimamente procura instalar la mejor defensa para asegurar su tranquilidad, no es cuestionable.

A la luz de las cavilaciones realizadas hasta aquí, actualmente se puede aventar la sensación de un armamentismo latinoamericano. Sin embargo, reiterando lo ya dicho, no hay forma de evitar a quienes usen esos conceptos con fines políticos. Cuando un país ataca a otro sin razones claras, recibe el rechazo de sus pares. Cuando un país se defiende de una agresión, obtiene la solidaridad y ayuda de la comunidad. No obstante, la asignación de un propósito armamentista a un país, es una acusación que siempre puede ser empleada con una clara intencionalidad detractora.

Ninguno de los países que lleva adelante algún programa de modernización militar ha deslizado intenciones agresivas hacia vecinos u otros países más alejados. Por lo tanto, creo que es aconsejable desechar tales calificaciones que hasta el presente no muestran fundamentos convincentes. La modernización militar continental ha sido explicada por los respectivos gobiernos con discursos confiables, por lo cual la compra de material militar tiene motivos acreditados.

Debido a la destrucción que entraña la guerra convencional, distintos foros y asociaciones mundiales vigilan a los estados que tienen inclinaciones agresivas y en esos casos la diplomacia es muy activa procurando disuadir al potencial agresor. El clásico poder que otorgaba la potencia bélica a un país, ahora es restringido por esa acción internacional concertada.

En un ángulo distinto se ubican los países productores de equipos militares que necesitan mantener activas a sus plantas industriales, sin saturar sus propias necesidades. La única alternativa para desprenderse de la demasía de la producción es la exportación. Pero vender material militar es una empresa muy compleja donde intervienen factores políticos, la concesión de tecnología sensible, financiación y por cierto la situación internacional.

Los estados que no tienen la confianza de las grandes potencias y desean proveerse de sistemas militares avanzados marcadamente

destructivos, encuentran fuertes dificultades aunque puedan financiarlos con holgura. Los mismos países controlantes, son reacios a permitir tales ventas. Pero el fabricante quiere vender su producto a buen precio sin preocuparse demasiado por el comportamiento político y moral de los compradores. Las "triangulaciones" a veces resuelven parte de esos inconvenientes y superan muchas barreras. No son operaciones sencillas, pues los trasportadores tienen que eludir una estrecha vigilancia internacional, pero el premio es jugoso y justifica el riesgo.

Las crisis económicas son eficientes barreras para impedir la acumulación de armas que serán usadas como instrumentos de presión. No obstante, hay países que imponen fuertes sacrificios internos a sus pueblos con tal de financiar esas compras. Por ahora, observamos que los mayores acopìadores de arsenales son los principales países del planeta. Para ellos es un instrumento esencial, puesto que llevan adelante gran parte de su política externa con la intervención de la fuerza militar, sea de manera directa o indirecta. Nada nuevo bajo el sol. En Latinoamérica no hay ejemplos de esta índole.

Echando una mirada sobre el escenario latinoamericano, creo que se puede nivelar una opinión sobre el problema que nos ocupa. Los estados que componen el continente, trabajan con distintos ritmos para resolver los respectivos problemas que plantea la seguridad nacional y desean hacerlo con autonomía y total libertad. En ese clima político, vemos que hay necesidades inocultables y urgentes de renovar material de defensa obsoleto y al borde de ser corroído por el óxido.

Cada estado latinoamericano tiene su propio proyecto político de largo plazo. Los respectivos planes nacionales no se diferencian demasiado entre sí y pueden ser calificados propios de países en desarrollo. Sus mayores constricciones para llevar adelante el proceso de modernización defensivo, son los insuficientes recursos financieros y especialmente las prioridades que reclaman las sociedades insatisfechas. No es casual que una buena proporción de los elementos dedicados a la defensa sean buscados en los depósitos de excedentes y entre los equipos desprogramados de los grandes usuarios.

Los sistemas de armas modernos y de alto valor que América Latina puede comprar, se cuentan con los dedos de las manos. Por eso considero que es un exceso catalogar de carrera armamentista la combinación de elementos bélicos, donde se divisan más los usados que los nuevos de altas performances. Además, en el continente comienza a surgir la idea de llegar en algún momento a una defensa integrada. Las discusiones son muy preliminares aún, pero no dejan de entusiasmar a los burócratas que confían en la solidaridad regional e imaginan inversiones compartidas.

Sin embargo, justo es reconocer con honestidad que la confianza americanista absoluta está aún lejos de ser plasmada. No por nada, en el mundo circula una frase que encuentra un sitio apropiado en el terreno de la defensa nacional: "nadie negocia con los débiles". Un analista prolijo probablemente le agregaría, "a ellos se les impone la voluntad". Es para tenerla presente. ❑

El Licenciado Eduardo H. D'Odorico es analista y asesor en la Subjefatura del Estado Mayor General, FAA, desde hace más de 30 años. Se graduó como subteniente de reserva en el Liceo Militar Grl. San Martin e hizo el curso regular de la Escuela de Estrategia dirigida por el prestigioso militar y académico Grl. (R) Alberto Marini. Obtuvo una licenciatura en Comercio Internacional de la Universidad de Palermo (Buenos Aires), donde además hizo estudios de post grado (MBA). Actualmente es profesor en un instituto superior, Estado Mayor Conjunto FF.AA. y conferencista invitado en escuelas de la Armada y el Ejército, Argentina.

Declaración de responsabilidad: Las ideas y opiniones expresadas en este artículo reflejan la opinión exclusiva del autor elaboradas y basadas en el ambiente académico de libertad de expresión de la Universidad del Aire. Por ningún motivo reflejan la posición oficial del Gobierno de los Estados Unidos de América o sus dependencias, el Departamento de Defensa, la Fuerza Aérea de los Estados Unidos o la Universidad del Aire. El contenido de este artículo ha sido revisado en cuanto a su seguridad y directriz y ha sido aprobado para la difusión pública según lo estipulado en la directiva AFI 35-101 de la Fuerza Aérea.